

CONTRA LOS TOTALITARISMOS.

Por Francisco Rodríguez Pastoriza
Universidad Complutense de Madrid
frpastoriza@wanadoo.es

En los últimos meses han venido publicándose una serie de libros (ensayos, memorias, incluso novelas) que denuncian los totalitarismos que causaron la tragedia de la sociedad y de la cultura durante las conflagraciones mundiales del siglo XX. El nacionalsocialismo alemán y los comunismos soviético y maoísta se analizan a fondo y se condenan, en estas recientes publicaciones, que debieran servir de ejemplo para que las sociedades y los gobiernos de nuestro siglo eviten las trampas que condujeron hacia los totalitarismos. Comentamos aquí algunas de estas publicaciones cuya lectura resulta altamente recomendable y esclarecedora sobre algunos aspectos no suficientemente estudiados.

LA CULTURA RUSA BAJO EL ESTALINISMO

En 1945 Isaiah Berlin fue enviado a la Unión Soviética como funcionario del ministerio de exteriores de Gran Bretaña, país en el que se había exiliado. Era la primera vez que viajaba a su patria de origen desde que la abandonara con su familia en 1920, cuando tenía 11 años. El encargo del gobierno británico consistía en elaborar un informe sobre la situación de la cultura rusa bajo el régimen comunista, considerando que el frente cultural ha sido siempre un reflejo fiel de la situación en el resto de las esferas de la vida soviética. El resultado de esa investigación se publicó bajo el título de "Las letras y el arte en la Rusia de Stalin". La editorial Galaxia Gutenberg ha recuperado ese texto para incluirlo en una nueva recopilación de ensayos de Berlin, *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo*.

Isaiah Berlin llevó a cabo uno de los más feroces y lúcidos análisis de la cultura durante los años más negros del comunismo en la Unión Soviética. Fue testigo de la sórdida batalla entre los creadores que creyeron en la revolución como cauce para realizar su trabajo en libertad, y los políticos, cuyo objetivo era el de conducir toda actividad intelectual y artística a las aguas del molino revolucionario. Una rígida censura con varios estadios de supervisión se impuso sobre los autores que se resistían a los proyectos de la burocracia política, condenados al silencio y sometidos a purgas continuas. A pesar de que en sus años iniciales la revolución bolchevique de 1917 había estimulado una gran oleada de energía creativa (fueron los años de Kandinski, Chagall, Málevich, Meyerhold, Eisenstein), en los años 30, en el ámbito de la creación, se decidió que también el capitalismo debía ser derrocado por la cultura

materialista y proletaria. La crítica marxista calificaba de enemigos de la cultura popular y de la lucha por la libertad las obras de Shakespeare, de Dante y de los rusos Pushkin, Gógol y Dostoiewski. El Gobierno soviético, temiendo la desintegración del régimen o una campaña desde Occidente, desató una intensa caza de brujas, con grandes purgas y juicios que condenaron a muerte a decenas de miles de intelectuales, *con una violencia y una meticulosidad que dejó en mantillas a la Inquisición española y la Contrarreforma* (P.61) hasta el punto de que el propio Stalin se vio obligado a declarar que el proceso de purificación se había descontrolado. Víctimas de esta persecución fueron, entre otros, los poetas Mayakovski y Marina Tsvietáieva y los compositores Shostakóvich y Prokófiev, algunos enfrentados desde el principio y otros desencantados con el proceso revolucionario. Atención destacada merece para Isaiah Berlin el caso de Mandelstam, un poeta cuya obra era de *una pureza y una perfección formal jamás superada en Rusia* (P.106). Tímido, frágil, enamorado, vulnerable, Mandelstam poseía una valentía demencial que le llevó a enfrentarse directamente con el régimen estalinista, a pesar de haber recibido la revolución con los brazos abiertos. Uno de sus poemas desató la rabia del dictador y fue la causa que inició su carrera hacia la muerte en un campo de prisioneros cerca de Vladivostok, tras haber pasado largas temporadas en otros de la Rusia oriental. Sometido a palizas constantes, víctima del hambre y el terror, Según Berlin, las circunstancias de su muerte fueron tan atroces que nadie que las conociera hablaba de ellas si podía evitarlo.

Cuando estalló la guerra mundial, los artistas e intelectuales sobrevivientes a la gran purga, como Pasternak y Ajmátova, colaboraron a apoyar a Stalin a veces con mayor fervor que los escritores soviéticos ortodoxos, sin sospechar que iban a ser las próximas víctimas de un régimen enloquecido por la pureza ideológica. Después de la guerra las tropas soviéticas regresaron del extranjero con impresiones favorables con respecto a los valores y los sistemas políticos de los diferentes países en los que habían combatido. Era necesaria, por lo tanto, una poderosa renovación de la doctrina comunista. Comenzó un nuevo periodo de purgas y persecuciones que se hicieron insostenibles para Pasternak y Ajmátova. Sus obras fueron retiradas de la circulación y se impidió la publicación de *Doctor Zhivago*. Pásternak llegó a definir a Rusia como una pocilga abominable, nauseabunda y espantosa, una galera cuyos remeros esclavos eran azotados por los hombres del Partido. El mayor escritor que Rusia dio en décadas, según Berlin, sería destruido como tantos otros por el Estado. El caso de Ajmátova es si cabe más patético. Decidió regresar de París, donde vivió una temporada, cuando su esposo y su hijo fueron arrestados y enviados a campos de concentración. Tras vivir su drama y a pesar de haber conocido las simas más abismales de la pena, nunca pronunció una palabra contra el régimen soviético. Decidió quedarse en Rusia, en su exilio interior, porque la idea de emigrar le resultaba intolerable: *anhelaba visitar Occidente, pero no si ello implicaba no poder regresar a su patria. Su hondo patriotismo no tenía tintes nacionalistas* (P.149).

Las purgas habían arrasado el panorama literario y engendrado una generación de escritores simplistas de inequívoca ortodoxia ideológica. El diagnóstico

de Berlin era dramático: en Leningrado no se conocía a ningún buen autor ruso menor de cuarenta años, la pintura había caído por debajo de los estándares más bajos del naturalismo y el impresionismo, la arquitectura se había convertido en un pastiche de edificios monumentales y sombríos ejecutado con gran competencia, la poesía era una sucesión de poemas líricos, baladas y relatos épicos falaces, el teatro se había precipitado a un abismo de chabacanería amenazado por una rígida censura que examinaba todos sus resortes.

Los cambios abruptos en la línea general del Partido desconcertaban al mundo intelectual y a los ciudadanos soviéticos e incluso a los miembros del propio Partido, tanto en Rusia como en el extranjero. Esta incertidumbre generaba una actitud de sometimiento a todo lo que viniera desde el poder, pero sobre todo de cautela, ya que las carreras y las vidas de los ciudadanos dependían de estos cambios caprichosos. Hasta los principales dirigentes e ideólogos del partido eran investigados. Los sospechosos de hoy eran los ortodoxos de ayer. Gueorgui Aléxandrov, filósofo oficial del partido, fue denunciado por afirmar que Karl Marx era simplemente el mejor pensador occidental, en lugar de, como debiera haber señalado, *un ser único y distinto a todos los demás y de una especie superior a cualquier pensador que jamás haya existido* (P.182).

Berlin llega a afirmar que entre 1932 y 1955 no se publicó en Rusia ninguna idea ni crítica con valor intrínseco ni se produjo ninguna obra literaria o nada verdaderamente interesante o importante en sí mismo y no como mero síntoma del régimen, y se pregunta cómo es posible que unos intelectuales que habían contribuido a llevar a la revolución a la victoria pudieran haber caído en una sumisión tan ciega y absoluta a esta política. Stalin *aplastó la vida de la que fuera una de las sociedades más talentosas y productivas que ha dado el mundo* (P.242).

Berlin apreciaba no obstante en la sociedad rusa de estos años un ávido afán de conocimientos, gente que buscaba en librerías y centros culturales alimento para el espíritu y que sólo encontraba *pábulo de ínfima valía*. Creía que si se llegase a modificar el control político y hubiera una mayor libertad de expresión, pudiera producirse un arte creativo excelso. Por el contrario, *los jóvenes que mostraban algún matiz de independencia u originalidad eran desterrados sin piedad y dispersados por las regiones boreales y centrales de Asia, acusados de individuos nocivos para la sociedad* (P.83). Ya en 1956, durante un nuevo viaje a Moscú, Berlin se dio cuenta de que el llamado materialismo dialéctico no ilusionaba ni a quienes se pagaba por difundirlo ni a quienes se veían obligados a escucharlo. Pero el muro tardaría aún más de 30 años en derrumbarse.

LA TRAGEDIA DE LA CULTURA

Vitali Shentalinski, poeta ruso reconvertido en investigador del pasado reciente de su país, acaba de trilogía en la que ofrece una extensa casuística rescatada de los archivos del KGB, a través de la que intenta encontrar una explicación a la pesadilla vivida bajo el estalinismo. Lo hace, según nos ha dicho, no

para recuperar la memoria histórica, sino para luchar contra la amnesia histórica. Cuando se cumplía el 70 aniversario del año del gran terror, 1937, uno de los episodios más descabelladamente enloquecidos de la historia, en el que fueron ejecutados cientos de miles de ciudadanos rusos, una gran parte comunistas y muchos de ellos escritores y artistas, Shentalinski descubrió en uno de los *blogs* más leídos en su país, el testimonio estremecedor de un joven nacido en la post-perestroika, que hablaba de su obra: *"Es cierto que en el 37 se fusiló a mucha gente, pero eso nos permitió construir la bomba atómica, conquistar el cosmos, tener el mejor ballet del mundo. Ahora podríamos volver a planteárnoslo. Empezando por el autor de este libro"*. Contra planteamientos de este tipo es por lo que Vitali Shentalinski ha llevado a cabo este ingente esfuerzo de 1600 páginas que culmina con *"Crimen sin castigo"*, continuación de *"Esclavos de la libertad"* y *"Denuncia contra Sócrates"*. En esta trilogía el autor ruso ha rescatado los expedientes de cientos de escritores, intelectuales y artistas represaliados por el estalinismo, configurando el dramático panorama de destrucción cultural que supuso para la humanidad la represión de creadores como Pasternak, Bulgákov, Mandelstam, Gorki o Ajmátova. Shentalinski es, además, con el profesor de literatura rusa Ricardo San Vicente, responsable de la colección *"La tragedia de la cultura"*, que rescata algunos de los textos secuestrados por el totalitarismo.

EL RESCATE DE VASILI GROSSMAN

Uno de esos textos es *"Vida y destino"* (Galaxia Gutenberg), del escritor judío ucranio Vasili Grossman, una novela que resume en sus más de mil páginas la tragedia de la cultura y de la humanidad bajo los regímenes totalitarios de la reciente historia, el nazismo y el estalinismo, a los que el autor termina identificando (*"ustedes creen que nos odian, dice uno de los protagonistas nazis a un bolchevique, pero es sólo apariencia: se odian a ustedes mismos en nosotros"*. Pág. 502). El drama de Grossman comenzó cuando se dio cuenta de que Stalin no era una desviación del leninismo sino su mejor encarnación (*"Nuestra burocracia da miedo cuando se comprende que no es un tumor en el cuerpo sano del Estado sino el cuerpo mismo del Estado"*. Pág. 495). Vasili Grossman vivió la extrema crueldad de la guerra como corresponsal del ejército rojo en la batalla de Stalingrado, lo que explica el crudo realismo y la veracidad que imprime a su relato, pero entonces era un convencido estalinista cuya disidencia iba a costarle la calificación de enemigo del pueblo y la censura de su obra *"... al menos durante los próximos 200 años"*, según le fue comunicado por el Estado soviético en tiempos de Krushev. Y la muerte en la indigencia, olvidado y sumido en una profunda depresión, al creer que los originales de esta novela habían sido destruidos. Su descripción de los campos de concentración y exterminio alemanes y soviéticos y de los dramas de los personajes sometidos al horror de sus maquinarias de muerte y represión es de un realismo estremecedor.

UNA NOVELA SOBRE EL NAZISMO

Las benévolas, de Jonathan Littell, premio Goncourt a la mejor novela francesa de 2006, es un fuerte alegato paralelo contra el totalitarismo

nacionalsocialista. También en esta obra el autor identifica ambos regímenes a través de la conversación entre el protagonista, un oficial de las SS testigo de los mayores horrores nazis, y un bolchevique a punto de ser fusilado (*"¿Qué diferencia hay en el fondo entre el nacionalsocialismo y el socialismo en un solo país? (...) sólo nos diferencia el establecimiento de las categorías: para ustedes , los judíos, los gitanos, los polacos e incluso creo que los enfermos mentales; para nosotros los kulakes, los burgueses, los desviacionistas del Partido"* Pág. 399-401). En esta novela la ficción alcanza grados asombrosos de verosimilitud al describir el horror de los fusilamientos masivos de judíos, hechos inspirados en casos reales documentados e investigados personalmente por el autor que los recrea. Littell elige la memoria de Max Aue, uno de los verdugos de las SS, para subrayar la locura intrínseca del horror, sin ahorrar en su narración ninguna de las espantosas atrocidades de los actos de crueldad, que describe minuciosamente (*"Para llegar a algunos heridos había que pisar los cuerpos, que eran muy resbaladizos; la carne blanca y fofa se movía bajo las botas, los huesos se quebraban (...) me hundía hasta los tobillos en el barro y la sangre"*. Pág. 136. *"Le dio un golpe en la cabeza con el filo de la pala; al hombre se le partió el cráneo, que le roció a Turek las botas de sangre y de sesos; vi con toda claridad cómo un ojo salía despedido con el golpe (...) Los hombres se reían"*. Pág. 250). El autor-verdugo se dota aquí de una refinada formación cultural que traspasa toda la novela. Las alusiones a la obra de Platón, Sofocles, Herodoto, Stendhal, Shakespeare, Saint Just, Chejov, Proust y a la música de Mozart, Bach, Gluck, Rachmaninov o Couperin, refuerzan la perplejidad de que el mal y el bien absolutos convivan en una misma personalidad, protagonista de la documentada descripción del exterminio de etnias, razas, culturas e idiomas centroeuropeos.

Otras publicaciones recientes, como la tercera parte del *"Archipiélago Gulag"* de Soltyenitsin y la trilogía *"Circo familiar"* de Danilo Kis, colaboran a mantener la memoria de la tragedia de la cultura. El éxito y el interés actuales por estas obras vienen a complacer la voluntad de escritores y víctimas como Primo Levi, Arthur Koestler, Victor Klemperer o Jorge Semprún, de que se sigan contando las atrocidades de los totalitarismos para que la humanidad no olvide. Después de Auschwitz no sólo es posible escribir sino que es sobre todo una obligación.

DE LA FICCIÓN A LA REALIDAD: EL DIARIO DE PETER MOEN

Noruega fue ocupada por los nazis en abril de 1940 durante el reinado de Haakon VII, de origen danés, que había aceptado el cargo después de que el pueblo noruego ratificara la monarquía en un referéndum. Los alemanes nombraron ministro presidente del país a Vidkun Quisling, líder del NS (Nasjonal Samling), el partido nazi noruego, quien ejerció su cargo en el gabinete colaboracionista hasta el final de la guerra mientras el rey y los ministros del gobierno legítimo del Partido Socialista de los Trabajadores estaban exiliados en Londres. Los nazis impusieron durante cinco años en toda Noruega un verdadero estado de terror. Una de las primeras medidas que tomaron fue prohibir todos los periódicos que se editaban en Noruega y requisar todos los aparatos de radio, bajo pena de muerte. Muchas publicaciones siguieron

editándose clandestinamente. Petter Moen, director de *London Nytt*, una de esas publicaciones, se convirtió en el coordinador de todos los periódicos clandestinos del país. Los nazis lo detuvieron en febrero de 1944 y lo sometieron a terribles torturas y malos tratos durante los siete interminables meses que pasó en los calabozos de la Gestapo, en el 19 de la calle Moller de Oslo. En septiembre de 1944, cuando los rusos atacaron la frontera con Noruega, fue embarcado hacia Alemania a bordo del *Westfalen*. Durante la travesía el barco chocó con una mina y se hundió. Sólo hubo cinco supervivientes de los 400 prisioneros que viajaban en el barco. Durante su cautiverio Moen había conseguido escribir un diario que salvó milagrosamente de las manos de la Gestapo. Escribía perforando con un clavo hojas de papel higiénico que envolvía en pequeños rollos y que arrojaba a través de la rejilla de ventilación. Los envoltorios se fueron acumulando en el subsuelo de la celda. Gracias al testimonio de uno de los supervivientes del *Westfalen*, a quien Moen había confiado su secreto, pudieron ser rescatados después de la liberación. Se publicaron en la revista *Les Temps Modernes* por indicación de Jean Paul Sartre, y fuera de Noruega apenas son conocidos. Ahora La editorial Veintisiete Letras los publica por primera vez en España.

Petter Moen no era periodista. Trabajaba como empleado en una compañía de seguros cuando los nazis invadieron Noruega. Su prosa, por lo tanto, no es literaria ni posee un estilo brillante y los registros de cada día son resúmenes de sus vivencias y pensamientos, breves a la fuerza por la dificultad de tener que escribir con un punzón perforando el papel en unas condiciones miserables. Tal vez por eso su diario transmite el tedio de los largos días vacíos y sin sentido. El suyo es el testimonio de una situación límite a la que es llevado un ser humano sometido a la más degradante de las iniquidades.

Me han interrogado dos veces. Latigazos. Delaté a Vic. Soy débil. Merezco desprecio. Me aterroriza el dolor. Así comienza el relato de los siete meses que Petter Moen pasó en el infierno de los calabozos de la Gestapo sometido a torturas, a soledad e incomunicación, al hambre y al frío del invierno noruego, al terror que lo lleva al borde de la locura y del suicidio. La angustia por haber delatado a algunos de sus compañeros le perseguirá durante el tiempo que le queda de vida. *Cuando se ha pasado una noche de pie en el helador sótano de Victori Terrasse, con el escozor de la angustia en la frente, con la espalda despellejada por un látigo... con el cuerpo y la ropa embadurnados de sangre y de la suciedad del suelo y las botas que te dan patadas, te ablandas* (P.44). Siente verdadero pavor ante cada nuevo interrogatorio, teme más a la tortura (*más inmoral que el asesinato*) que a la muerte (*Llevan tres días seguidos interrogándome durante todo el día... Llevan cinco días interrogándome de la mañana a la noche.* P.31). El recuerdo de su esposa Bella (*nunca deberías haberme conocido*) y de su padre, de quienes nunca llegó a tener noticia durante su cautiverio, intensifican su sufrimiento.

Nacido en el seno de una familia profundamente cristiana, las torturas de la Gestapo le llevaron a perder la fe. Moen narra este proceso con la sinceridad de

quien busca a Dios en la soledad de su aislamiento y no encuentra más que respuestas en las que está ausente toda razón. *Busqué pero no encontré... La luz de la fe no brilla para mí... Una barrera intelectual me separa de la fe.* Son algunas de las reflexiones que Peter Moen escribe a lo largo de su diario, mientras la desesperación se va adueñando de su persona.

Convencido de que el nazismo nunca llegaría a arraigar en Noruega, los rumores sobre el fin de la guerra le devuelven una mínima esperanza de volver a la libertad junto a los suyos. La decisión de deportarlo a Alemania interrumpe abruptamente la redacción del diario y, ahora lo sabemos, su propia vida.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL CHINA

Tras el fracaso que supuso para Mao Zedong el Gran Salto Adelante, que costó millones de muertos entre 1959 y 1961, el régimen comunista chino necesitaba un fuerte aliciente para movilizar a una población devastada por la hambruna durante aquel trienio negro. La nueva operación para movilizar a la sociedad y depurar el régimen de tentaciones revisionistas fue bautizada como Gran Revolución Cultural. Pese a que nunca fue reconocido oficialmente, documentos internos del propio Partido Comunista Chino admiten que se trató del desastre más grave de la historia reciente de China. En *La revolución cultural china* (Ed. Crítica, 2009) Roderick MacFarquhar y Michael Schoenhals, dos prestigiosos expertos en el país asiático, estudian en profundidad aquellos años y aportan nuevos datos sobre uno de los acontecimientos más enigmáticos de la historia contemporánea.

LOS PROLEGÓMENOS

En 1965 Mao Zedong envió a su esposa Jian Qing a Shanghai para prender la primera chispa de la Revolución Cultural: una operación de desprestigio contra el intelectual marxista Wu Han por haber publicado *La destitución de Hai Rui*, una obra calificada de desviacionista. Jian Qing acababa de cumplir la exigencia de los compañeros de Mao de mantenerse al margen de la actividad política durante 25 años (se había unido a Mao en 1939 desplazando a una heroína revolucionaria que había sido la compañera del Gran Timonel desde los años de la Larga Marcha). Simultáneamente, Mao destituía a Peng Zhen, alcalde de Pekín y responsable cultural del PCCh, por haber permitido representar en la ciudad una ópera prohibida. Fueron las primeras víctimas de una serie de purgas, defecciones, exilios, defenestraciones, suicidios inducidos, autocríticas y humillaciones públicas, que no iban a parar hasta la muerte de Mao. Entre las primeras víctimas estuvo Liu Shaoqui, a quien el propio Mao había designado como su sucesor, acusado de traidor, renegado y esquirolo, y de horribles crímenes nunca demostrados contra el Estado (fue rehabilitado tras la muerte de Mao).

En febrero de 1966 un grupo de altos funcionarios calificó de ideológica y artísticamente defectuosas una gran cantidad de películas y obras de teatro que se podían ver en todo el país. Libros como *El conde de Montecristo* de Dumas o *El*

guardián entre el centeno de J.D. Salinger fueron prohibidos por obscenos. Era el modo de justificar la necesidad de una revolución cultural socialista: transformar la educación, la literatura y el arte para facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema. Durante la sesión del politburó que decidió las primeras purgas en el PCCh, se anunció oficialmente el lanzamiento de la Gran Revolución Cultural Socialista, el intento más ambicioso de liquidar cualquier tipo de revisionismo. Allí mismo se constituyó el Grupo Central para la Revolución Cultural, su órgano más importante, integrado por diez intelectuales entre los que estaban Jian Qing y Chen Boda, al que se atribuyen algunas de las obras más revolucionarias firmadas por Mao (P.426). Su aparato burocrático llegó a emplear a miles de personas.

Para que la Revolución Cultural triunfase había que poner en marcha una de las máximas de Mao: destruir para construir. Para convertir la revolución en un verdadero movimiento de masas se necesitaba el apoyo de obreros, campesinos, industriales y soldados. El apoyo de los estudiantes se inició a través de una compleja operación desde el campus de la Universidad de Beida, en Pekín, en una guerra de pancartas promaoístas que el poder político se encargaba de propagar, y de la crítica a profesores a los que se acusaba, con bases poco sólidas, de establecer planes de estudios burgueses o revisionistas. Pero lo que determinó la adhesión masiva de los estudiantes fue la decisión del Gobierno de Mao de suspender las clases por tiempo indefinido para que los estudiantes se entregasen a la revolución a tiempo completo. A partir de ese momento se organizaron por todo el país manifestaciones multitudinarias, marchas ruidosas con tambores e instrumentos de percusión, algarabías y desfiles festivos. Al control de la Universidad sucedieron los del Departamento de Propaganda, el *Diario del Pueblo* y la Agencia de noticias Xinhua. Este era el punto de partida desde el que Mao pretendía crear un mundo feliz con una nueva generación de dirigentes, tras las purgas masivas de viejos camaradas acusados de nostálgicos del capitalismo.

EL TERROR ROJO

Durante el verano de 1966 se desata el terror. La Joven Guardia Roja, cuyo origen estaba en la Universidad, fue bendecida por Mao (*Llebad la Gran Revolución Proletaria hasta el final*) en su objetivo de fulminar a los reaccionarios del mundo. En pocos días se celebraron en Pekín ocho grandes concentraciones masivas de estudiantes convertidos en jóvenes guardias rojos. En la última, Mao se dejó ver ante doce millones procedentes de toda China para transmitirles el espíritu de la Revolución Cultural. A partir de ese momento los guardias rojos se dispersaron por todo el país para luchar por la eliminación de "Los Cuatro Viejos": viejas ideas, vieja cultura, viejos hábitos y viejas costumbres. En su diabólica misión, llevaron a cabo una de las más sanguinarias operaciones contra revisionistas, anticomunistas, capitalistas, traidores... muchos de los cuales no eran nada de todo esto. Se cambiaron los nombres de las calles, de las tiendas, de las escuelas, de los teatros, de los hospitales, de los periódicos, de las revistas... así como los nombres de pila con supuestas connotaciones feudales. Se prohibieron las fiestas tradicionales. Se obligó

a la gente a cambiar el vestido y la apariencia. Los mismos guardias rojos cortaban en las calles los pantalones entallados y los zapatos de punta afilada o de tacón, una acción que nos recuerda a la época de Esquilache en la historia de España. A las chicas se les cortaban las trenzas, consideradas asimismo como residuos feudales. Se saquearon casas y se confiscaron propiedades de familias de clase burguesa. Algunos residentes en ciudades fueron expulsados de sus hogares y repatriados a las tierras de sus ancestros. Se torturó y asesinó a miles de inocentes en todo el país. En las comunas de Daxing se ejecutaron en una sola noche a 325 residentes: la víctima de más edad tenía 80 años; la más joven 38 días. En Pekín la violencia causó en dos semanas la muerte de más de cien profesores y cuadros educativos mientras a otros se les asignaban tareas humillantes. Se destruyeron estatuas budistas, bibliotecas públicas, lugares de interés cultural o histórico, como el Templo de Confucio de Shandong y la tumba de Wu Xun, un héroe cultural del siglo XIX, acusados de haber propagado la cultura feudal. Por primera vez, la juventud de China estaba siendo educada en la cultura de la violencia y tampoco se libró de sus efectos: este movimiento de masas en condiciones miserables e insalubres, que se puso en marcha desde todos los rincones del país, preparó el terreno a una epidemia masiva. En 1967 se habían registrado más de tres millones de casos de meningitis y más de 160.000 muertos por enfermedades.

Según la Guardia Roja, la resistencia generalizada a la Revolución Cultural se debía al "impacto persistente" de la línea burguesa reaccionaria, que incluía a líderes de alto rango, por lo que a principios de 1967 se inició otra purga contra dirigentes políticos y centros de cultura, educación y salud pública, supuestos semilleros de revisionismo. El ministerio de cultura fue abolido y sus poderes quedaron sometidos al Grupo Central. A finales de ese año la situación política era cada vez más caótica y los ataques de todos contra todos se sucedían desde unas y otras posiciones. El Ejército Popular de Liberación se iba haciendo con importantes sectores de poder, lo que obligó a Mao a hacer concesiones a sus altos mandos. La gravedad de la situación económica hizo que las autoridades se plantearan la inconveniencia de mantener a los obreros y campesinos chinos participando en la Revolución Cultural de la misma manera que los estudiantes y los intelectuales, a pesar de que un documento político redactado por el Grupo Central rechazaba cualquier tipo de conflicto entre la producción y la revolución y achacaba la situación económica a prácticas contrarrevolucionarias y capitalistas de un pequeño grupo de miembros del partido. En Wuhan se produjo entonces un levantamiento político-militar contra la Revolución Cultural que se extendió a todo el país. El estado de agitación llevó a Mao a calificar la situación de guerra civil generalizada.

Poco a poco los obreros revolucionarios y el ejército fueron desplazando a los estudiantes del protagonismo de la Revolución Cultural. Tras dos años de cierre de los centros de educación se ordena el regreso de los estudiantes a sus lugares de origen para reanudar las clases en octubre y el propio Mao acusa ahora al Grupo Central de provocar un desbarajuste en el partido, en el gobierno, en las fábricas y en el campo. Mao y Lin Biao (su nuevo sucesor) exculparon a los guardias rojos de las

matanzas y el terror pero promovieron su dispersión: los días de gloria de la Guardia Roja se acabaron en agosto de 1968 aunque su presencia en la vida política se prolongase diez años más.

Algunos altos cargos del PCCh se atrevían a poner en duda el acierto de la Revolución Cultural y lamentaban que había pasado de ser una cruzada por la rectitud ideológica y por una sociedad igualitaria y colectivista, a transformarse en una lucha por el poder. La reacción fue otra operación de purga contra cargos políticos y militares. La operación "Limpieza de categoría de clase" contra la Conspiración del 16 de Mayo (una supuesta conspiración que nunca existió) desató una investigación contra 10 millones de personas, algunas de las cuales pasaron de un día para otro de ser izquierdistas revolucionarios a traidores revisionistas y espías del capitalismo. El Grupo de Evaluación de Casos, creado para la ocasión, fue la más grande inquisición de la historia del PCCh. Nuevos asesinatos, suicidios, encarcelamientos, expulsiones, desenmascaramientos, defecciones... formaban parte de una operación que añadía ahora nuevas figuras delictivas como japoneses, títeres, espías de EEUU, revisionistas coreanos, mongoles y soviéticos. La economía seguía derrumbándose estrepitosamente y la red de ferrocarril, en otro tiempo uno de los logros de la revolución china, se colapsó con los millones de guardias rojos viajando gratuitamente y asaltando los nudos ferroviarios. Mientras, en el IX Congreso del PCCh Mao Zedong afirmaba: *la situación de la Gran Revolución Cultural Proletaria en todo el país no es simplemente buena, sino excelente* (P.384).

EL FIN DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Durante la década de los 50 se había producido un alejamiento entre China y la URSS a causa de las políticas revisionistas de Kruschev en relación con el estalinismo y el culto a la personalidad de Stalin. Pese a la caída de Kruschev y el retorno a políticas más ortodoxas, Mao nunca se fió de la URSS y, tras el fiasco del Gran Salto Adelante, temía una revisión sobre su propia persona y la restauración del régimen capitalista en China, promovida por el Kuomintang, el gobierno de Chiang Kai-shek refugiado en la isla de Formosa y apoyado por EEUU. Los enfrentamientos de finales de los sesenta en la frontera sino-soviética fueron aprovechados por Mao para alertar sobre el peligro de una guerra entre las dos potencias y desviar la atención del pueblo chino de una Revolución Cultural que se iba apagando. Sorprendentemente para muchos, los EEUU de Richard Nixon iban a convertirse en los aliados de China frente a la URSS, tras haber votado en la ONU por la legitimidad de la China maoísta frente a la de Chiang Kai-shek. Pasado el peligro, Mao aprovechó para resaltar el papel de la Revolución Cultural en el avance en las relaciones China-EEUU. La oposición de Lin Biao a esta nueva estrategia provocó su defección y su huida a las URSS con su familia en un avión que se estrelló a las pocas horas de despegar. Una nueva operación de limpieza ideológica contra los radicales iba a llevarse por delante a Chen Boda (acusado de falso marxista, traidor, espía y arribista) mientras Jian Qing trataba inútilmente de aferrarse al poder después de que Mao condenase las actividades de la Banda de los cuatro, de la que era

impulsora, disconforme con los planes de sucesión de Mao (el nombre de Banda de los cuatro se debe al propio Mao). Mao aprovechó el elogio que su esposa había hecho de uno de los personajes de la novela *A la orilla del agua*, un clásico del siglo XV, para criticar su actividad durante la Revolución cultural, ya que consideraba a ese personaje como la encarnación de los valores más negativos de la sociedad china, pero no ordenó contra ella ninguna acción de castigo.

Zhou Enlai, el nuevo sucesor de Mao, permitió la reaparición en las librerías de obras prohibidas, promovió la actividad cultural de cantantes, pintores y poetas censurados durante la Revolución Cultural y propuso rehabilitar a algunas de sus víctimas. Su enfermedad propició el regreso de Deng Xiaoping como nuevo sucesor de Mao. Su papel se centró en activar la economía, la cultura y la educación y devolver al ejército a su papel anterior a la Revolución Cultural. Pese a los progresos, los radicales consiguieron que se destituyese a Deng Xiaoping y se nombrase a Hua Guofeng como sucesor de Mao, aunque la Banda de los Cuatro seguía boicoteando la acción del gobierno. Tras la muerte de Mao en septiembre del 76, Hua ordena la detención de los cuatro por "crímenes contra el partido y el socialismo". La Revolución Cultural había llegado a su fin. Los historiadores coinciden en afirmar que fue una época terrible, de la que ha emergido, como reacción, la China actual, más próspera y quizá algún día democrática.